

# La falsa autopista

Lenin Pérez Pérez

**Me gusta dormir  
con un cuerpo  
que conozco bien  
Bukowski**

El teléfono sonó faltando un minuto para las dos de la mañana y Raquel, que recién había apagado la lámpara de leer, atendió después del segundo repique. Jairo esperaba que le contestara entre sueños, menos lúcida, pero no estaba para reponer en ello y fue directo al grano, estoy preso, dijo.

Con apenas una pizca de la historia Raquel tomó su carro rumbo a La Guaira, y la autopista tantas veces recorrida se le presentaba inédita a esa hora. Pero sólo reparó en la peligrosidad de su gesto cuando salió del primer túnel y el olor del puerto se coló a través del aire acondicionado de su Ford Fiesta. En el trayecto, apenas contó diez vehículos en dirección contraria. A punto de llegar a la jefatura, recordó al hermano menor de una de sus amigas que, una noche de año nuevo, murió al derraparse y colisionar contra un poste de alumbrado sembrado justo antes del segundo viaducto. Pero también pensó en que su Jairo valía el riesgo de transitar la oscura y peligrosa serpiente que conduce al mar.

Fuera de la delegación, un indigente dormía de cara a la media luna, apenas cubierto por su chaqueta tan roída como llamativa. La pieza era de un verde *kriptonita* y hacía juego con una extensión de luces navideñas que adornaban el nombre de un oficial ya fallecido, con el que habían bautizado la oscura estación de policía. Raquel apretó sus pisadas cuando pasó junto al viejo como para no despertarlo y con las dos manos empujó la pesada puerta de vidrio, que chilló como si en la orilla de una playa cercana se quejara una ballena herida.

El funcionario de turno la escuchó con soñolienta atención, buscó en sus registros el nombre de Jairo y recorrió un grupo de hojas bond tamaño carta, escritas a máquina, cuyas curtidadas puntas delataban su recurrente consulta. Finalmente levantó la mirada, se mordió los labios procurando saliva para su mal aliento y le dijo perdone, no tengo por aquí a ningún Jairo Alejandro Quintero Wells. Y toda la

preocupación que Raquel sorteó en la autopista la alcanzó de un solo golpe y se le depositó en las ojeras sin maquillaje, antes de insistir al policía en que buscara de nuevo.

Nada. Volvió sobre sus pasos luego de que el cabo, a regañadientes, preguntó a través de la radio por un detenido con las características de Jairo y un negativo procedimiento rebotó como un eco desde diferentes puntos de la costa. Pasó una vez más junto al indigente rumbo a su carro y, para su sorpresa, el viejo se incorporó para decirle, como quien sigue una conversación iniciada hace rato, oye niña regresa aquí, tan bonita y tan solita, qué haces tú por este corral de mujeres feas, si hasta rico hueles, le dijo acercándose a tal punto que ella llegó a sentir las tibias gotas de saliva que salían chispeantes de su oscura boca. Ya en el carro, no recordaba si el viejo llegó a tocarla antes de emprender la carrera que la puso a salvo. Fue todo muy confuso para Raquel. En medio de su desconcierto, apenas puso en marcha el motor, sólo tuvo espacio en su cabeza para el recuerdo de los faros que viajaban en dirección contraria mientras, aferrada al volante, rompía el sereno de la madrugada, rumbo a la comisaría.

De regreso a la ciudad y a punto de amanecer, Raquel manejó directo hasta el apartamento de Jairo y le tranquilizó ver desde la reja exterior del edificio el puesto de estacionamiento ocupado. Allí estaba su carro y eso aumentaba las posibilidades de que él estuviera arriba, en su cuarto, soñando con ella. Fantaseó incluso con subir y que él se sorprendiera de verla tan de madrugada para concluir, metida entre sus tibias sábanas, que sólo se trató de un mal sueño. Que la llamada telefónica nunca ocurrió, y que su afiebrada mente fue presa de algún capítulo oscuro de los tantos que transitaba su habitual lectura nocturna. A tal punto llegó su duda sobre lo sucedido, que encendió nuevamente el motor de su carro y se marchó a su casa, a esperar la llamada de su Jairo. Era sábado.

Hacía dos años que salían y aunque no hablaban con frecuencia del tema, la idea de mudarse a vivir juntos estaba suspendida como un papagayo sobre

la estable relación. Él, egresado de una escuela de finanzas, trabajaba como corredor en una importante firma. Ella se recibió con la más alta puntuación de la Escuela de Odontología y compartía su tiempo entre la consulta privada y el trabajo voluntario en un dispensario semi rural. Así, cuando ella no tenía que ausentarse de la ciudad los fines de semana para atender pacientes que sólo podían pagarle con sus sonrisas incompletas, pasaban juntos largas horas. Alquilaban películas, pedían comida a domicilio y procuraban, eso sí, amanecerse abrazados.

Cansada de esperar por la llamada de Jairo, a eso del mediodía, inició un largo camino de insistencias. Lo llamó alternativamente al teléfono fijo de su apartamento y dejó mensajes hasta llenar el buzón de su móvil. Eran las cuatro de la tarde cuando vio aparecer y desaparecer, casi instantáneamente, su nick: YO-JAIRO, al conectarse al *messenger*. Optó entonces por volver al edificio y siendo que tenía llave del edificio pudo llegar hasta la puerta del apartamento. Tocó el timbre una sola vez y, como en cámara lenta, Jairo le abrió la puerta.

Apenas Raquel cruzó el umbral en dirección a él, Jairo se apartó y levantó la mano que no tenía vendada para frenar el impulso entusiasta de Raquel. Ella de inmediato entendió el gesto y buscó acomodo de pie en medio de la sala, mientras él cerraba la puerta, que no la reja, como quien espera que quien llegue se marche pronto. Desde su posición y con ayuda de la luz que entraba franca por el balcón, notó unos tenues moretones en el rostro de Jairo, quien aún no le dirigía la mirada. Tomó asiento entonces y vino a darse cuenta al deslizarse sin intención sobre el sofá, que lo hizo sobre un trozo de seda roja. La voz del atrevido indigente en mitad de la madrugada fue un campanazo que encontró hasta entonces los tímpanos de sus oídos. Se puso de pie y, a punto de desbocarse en un interrogatorio sin fin con la pieza de tela entre sus manos, Jairo levantó la cabeza. Y cuando se topó con Raquel y sus ojos contrariados, a punto de llanto, se decidió a hablar.

Le dijo que sí, que él la había llamado desde La Guaira y que si no lo encontró por su nombre, era porque lo habían detenido con una identificación falsa que usaba para divertirse cuando ella estaba lejos. Que tenía derecho a todas las preguntas que depositó angustiada en la contestadora de su móvil, pero que no podía ofrecerle las necesarias respuestas sin sentirse miserable. Raquel hizo un esfuerzo por mantenerse sólida y decidió escucharlo hasta el final sin alterarse. Jairo fue por un vaso de agua y ella aprovechó para, llena de rabia, lanzar el vestido rojo más allá de su vista, hacia la habitación más cercana a la sala. Él, ya de regreso, arrastró una butaca hasta colocarse frente a ella y retomó la conversación. Le ofreció excusas por haberla molestado a esa hora, pero reconoció que, en medio de su angustia, manejó todas las opciones posibles para salir de aquél calabozo. Que un amigo de la oficina, un muchacho nuevo que aun no le había presentado, con importantes conexiones en la Guardia Nacional, había llegado antes y lo había ayudado. Eso sí, del atuendo no decía nada y Raquel esperaba con ansias ese capítulo de la historia.

Estábamos en un local cercano al aeropuerto, dijo, no era un sitio necesariamente familiar, tampoco del tipo de los que visitamos juntos, remató. Y partir de allí disfrazaba las palabras, como mareándola. Retando su intuición para identificar la caries que ese día había quedado tan claramente expuesta entre los dos, y la mirada de Raquel era un alarido sin anestesia, que reprimía con todas sus fuerzas para no interrumpirlo. Le contó que esa noche jugaba a ser otra persona, y volvió a clavar su mirada en el suelo para seguidamente admitir que no era la primera vez que lo hacía.